

EL POEMA DE ROBOT

LEOPOLDO MARECHAL

1966

1

El ingeniero de Robot; se dijo:

"Hagamos a Robot a nuestra imagen
y nuestra semejanza".

Y compuso a Robot, cierta noche de hierro,
bajo el signo del hierro y en usinas más tristes
que un parto mineral.

Sobre sus pies de alambre la Electrónica,
ciñendo los laureles robados a una musa,
lo amamantó en sus pechos agrios de logaritmos.

Pienso en mi alma: "El hombre que construye a Robot
necesita primero ser un Robot él mismo,
vale decir podarse y desvestirse
de todo su misterio primordial".

Robot es un imbécil atorado de fichas,
hijo de un padre zurdo y una madre sin rosas.

2

No es bajo el soplo de la indignación
que refiero esta historia sucia como el uranio.
Yo no maté a Robot con la sal de la ira,
sino con los puñales de la ecuanimidad.
No me gusta el furor que se calza de viento
sólo para barrer golondrinas y hojas:
el furor es amable si responde a un teorema
serio como Pitágoras.

Yo viví en una charca de batracios
prudentes y sonoros en su limo.
Cierta vez pasó un águila sobre nuestras cabezas,
y todos opinaron: "Ese vuelo no existe".
Yo me quedé admirando la excelsitud del águila,
y construí motores de volar.

Los batracios dijeron: "Es orgullo".
Les respondí: "Batracios, la mía es altivez".
El orgullo es un flato del Yo separativo,
mas la altivez declara su propia elevación.

3

Y aquí estoy, agradable de aforismos,
tal un árbol que empuja sus yemas reventonas.

La casa de Robot está en el polo
contrario del enigma,
y el que a Robot destruye vuelve a mirar el rostro
perdido de. la ciencia.

Yo fui un ser como todos los que nacen de vientre:
rosa más rosa menos, era igual mi niñez
a todas las que gritan o han gritado
junto a ríos cordiales.

Un día mis tutores, fieles a la Didáctica,
me confiaron al arte de Robot.

Mis tutores murieron: eran santos idiotas.

Yo he regado sus tumbas con yoduro de sodio»

4

Pensando en el astuto cerebro de la Industria,
Robot era un brillante pedagogo sin hiel,
un conjunto de piezas anatómicas
imitadas en cobre y en tungsteno.
Su cabeza especiosa de válvulas y filtros
y su pecho habitado por un gran corazón
(obra de cien piedades fotoeléctricas)
hacían que Robot usase un alma
de mil quinientos voltios.
En rigor, era nulo su intelecto
y ajena su terrible voluntad.
Pero Robot, mirado en sus cabaes,
era un hijo brutal de la memoria,
y un archivista loco, respondiendo a botones
o teclas numerados por la triste cordura.

5

A los que se deleitan con vistosos retratos
les diré que sin duda Robot no era un Adonis.

Visto de frente y con el ojo alerta,
parecía una cruz de marciano y reloj;
y visto de perfil, su hermosura era igual
a la de un ciclotrón en vendimia de isótopos.
No obstante lo que más imponía en Robot
era su honradez inexorable?
una honradez fundida y niquelada
por demiurgos envueltos en iones y sigilo.

6

Podría ser que atentos a mi última estrofa,
se dijese algunos que aliviano el poema
con las fáciles plumas de la comicidad.

Advierto yo a esos héroes que naufragan
en el bacín lujoso de Aristóteles,
que mi poema es trágico y risible
como un final de siglo.

La risa visceral de la Comedia
no ha de ser inferior a los hipos del Drama.
Si lo cómico nace de cierta privación,

límite o quebradura de algún ser,
todo lo que se instala fuera del Gran Principio
ya es cómico en alguna medida razonable.

La muerte de Robot me ha dictado sentencias
que ya diré a su tiempo y en lugar exactos;

pues escandalizar a los mayores
también es evangélico.

Desde que yo, el aeda, perpetré mi laudable
quemazón, de teorías y cisnes literarios,

no se aburren las Musas, y el poema
recobra su abnegada vocación
de apresar lo decible y lo indecible.

7

A Robot entregaron mi puericia,
y en esa hora sollozó un arcángel
y se rió un demonio»
Yo lo ignoraba entonces, como es justo,
pues en la gloria de Robot no hay ángeles
ni demonologías en su infierno, sino la exaltación o la tristeza
del átomo de hidrógeno.
Se daba por sentado que yo era el Gran Vacío
y era Robot la Grande Plenitud.
De modo tal que abriendo la espita de Robot:
llenaba mi vacío con la ciencia más pura,
según la ley alentadora
de los vasos comunicantes.
Los verdores del alma, sus trascendentes plumas
y toda irradiación que no registren
los contadores Geiger
eran para Robot y sus profetas
o un abolido ensueño de calvas teologales
o las divagaciones del mono progresista
con que soñaba Darwin midiendo calaveras.
Y así la Didascalia se dormía feliz
en su ostentosa cama de bronce y palosanto.

8

Mi primer incidente con Robot
(y el que abría en mi alma la gran desavenencia
que terminó en un crimen de piadosa factura)
sucedió cuando el noble pedagogo
me dictaba el Factor de Cohesión
de los núcleos estables e inestables.
A los que todavía sin grilletes
van del apio a la rosa, bellos como almirantes;
a los que aún entregan a la emoción del viento
una risa pentecostal
en la salud del Cristo vivo;
a todos esos "raros" que aún perfuman el cosmos
digo lo siguiente:
La Física Nuclear suelta el olor
de los gases livianos de la Tabla Periódica;
y ese olor, al obrar en un alma sensible,
nos da el precipitado de la Melancolía.
No es bueno descender a la materia
sin agarrar primero los tobillos del ángel:
Einstein, el matemático, se libró del abismo
porque midió la noche con el arco
de un violín pitagórico.

9

Digo que ante la frágil estructura
del helio, del neón y del argón,

una tristeza mineral

oscureció mi entendimiento:

cierta nostalgia de claveles

o de pichones exaltados.

Y sobre las costillas de Robot

sollocé largamente.

Robot, atento, consultó sus fichas,

y en el agua increíble de mis ojos

vio un absurdo licuado.

Luego, juicioso, evaporó mis lágrimas

a ciento veinte grados Fahrenheit.

10

Pero las estaciones discurrían
en circuitos vivientes que Robot mensuraba
con el dos pi por radio,
Y en cierta primavera, golondrinas del norte
me trajeron un signo de su polo.
Se me cuajó de yemas el árbol de la sangre,
y un himno, todavía en sus embriones,
exigió de mi lengua no se que navidad.

Oprimí los teclados de Robot:

le pregunté la técnica y substancia
con que armar obedientes aparatos de música.
Inquirí de su numen si era fácil
encordar a los pájaros del éter,
o agujerear las cañas y ponerles registros,
o hacer con el metal de las usinas
percusión y sonido que fuesen más allá
de su número atómico.

Solicito a la urgencia de mi alma,
Robot hizo marchar su fonógrafo interno,
y oí la sinfonía que habitaba su tórax:
era un largo ulular de corrientes magnéticas
a través de cien filtros y cien tubos de Geissler.

Y al escucharle, vi que partía el estío
y cerraban sus labios todas las azucenas.

11

Más tarde, cuando al fin hube leído
sobre la ya desecha carcasa de Robot,
entendí una verdad cuya justicia
me pareció un elogio de todas las balanzas.

A medida que pierde o niega el hombre
sus instrumentos de la intelección,
se recata y mezquina la natura
en su franco esplendor inteligible.

Si negaras al ángel su posibilidad,
te ha de esconder el ángel su pluma voladora.

De tal modo, la rosa que miraba David

no es la rosa que hoy mira la botánica.

Y eso no está en la ciencia de Robot,
sino en la epifanía de su muerte.

La dictadura fácil de Robot
ya no lograba en mi los humores del llanto,
sino la sequedad indubitable
que reina en un satélite desprovisto de atmósfera.
Una ganga silícea fue rodeando mi ser
en el curso de un Tiempo medido hasta lo inútil.
Y en mi conciencia de relojería
una felicidad bien aceitada
se instaló con el aire seguro de las diosas.
Mas, de pronto, no se que flechero imprevisto
desgarró mi cubierta.
Y, justamente, fue cuando Amarylis
entró en el perigeo de mi gravitación.

13

Bien sé que al sólo nombre de Amarylis
rechinan los filosos dientes de la Mecánica.
Su exaltación en Virgo me pareció tan bella
como la luz que descubría Newton
al recibir un golpe de manzana en el cráneo.
Ante mis ojos nuevos, Amarylis
era el múltiplo exacto de la rosa,
y sus pechos galaxias, donde mundos posibles
ardían ya en fusión de protones y nardos.
A mi ver, su ecuador o su cintura
delimitaba en ella dos limpios hemisferios
entregados a un baile de mazorcas.
Amarylis habló, y enriquecían
las orejas del viento;
Amarylis danzaba, y al golpe de su pie
saltaron las agujas del sismógrafo.

14

Borracho con las uvas de mi amada,
le declaré a Robot mis experiencias.

Le di a entender que el flanco de Amarylis
era la pieza justa que calzaba en mi flanco,
según la ingeniería.

Le juré por el muslo venerable de Euclides
que al integrar con ella los miembros
de una ecuación dorada,
ponía yo a la tierra en su equilibrio,
y toda medición era un canto al Demiurgo.

Y Robot escuchaba con el aire prudente
de un sordo a la deriva.

Luego me dio su fallo inapelable
y me justificó por las hormonas.

15

No culparé a Robot de su oficio tremendo:

 si fue pulcro y brutal como una tuerca,
debe imputarse al numen que lo parió sin llanto.

En verdad, Amarylis era la poesía,
 y falleció de prosa natural.

Yo la enterré y compuse un epitafio
 que dice lo siguiente:

"Aquí yace un ensueño más real
que los cuatro electrones del berilio".

Después volví a la usina de Robot
y a sus mutilaciones estudiadas.

16

En adelante se me fue aclarando
la diabólica esencia de Robot:
oculto tras las hojas de parra de la Industria,
era la imitación de un demonio perfecto.

La Demonología como ciencia
ya no deslumbra el ojo de pardos bachilleres.

Al cuervo prestigioso de la Duda
sucede ahora el ganso de la Incredulidad.
Y a favor de las cegueras que calculó el Abismo,
se destapa la olla por abajo
y el cielo, arriba, obstruye las acequias.
Es útil, por lo tanto, conocer a un demonio,
según la ontología que aprendieron los grandes.

17

Un demonio, en la Historia Natural,
es objeto de ciencia, como el átomo,
aunque se opongan en el signo
de sus valores absolutos.

El átomo, en las líneas ascendentes del ser,
construye y magnifica la expansión ontológica;
y el demonio, en la línea descendente,
ya toca la frontera de su ser con la nada.

Pero lo más notable de un demonio
es que disfraza y cubre su vacío
con la exterioridad de un aparato
lleno de trucos y vistosidades.

En el fondo, tal era la traza de Robot:
era el "no ser" disimulado
con mil astucias de ingeniero.

Y siendo yo un alumno de Robot el Vacío,
me forzaron también a la ciencia y conciencia
de una bien redondeada vacuidad.

18

No sin temblor del alma nuevamente aprendida,

recuerdo yo la hora en que mi ser,

por entre los resquicios de su trama exterior,

pudo ver las costillas de su propio desierto.

En su atomización de las arenas

y en su locura de la dispersión,

el desierto es la imagen terrible del Abismo,

y es el polo contrario de la Gracia

que todo lo concentra en la unidad.

Ahora bien, el desierto pide y corre al desierto,

según ya lo enseñaron las juiciosas Escrituras.

Y, por ser yo un desierto, me fui de las usinas

y abandoné la casa de Robot.

Me lancé a los eriales, con el talón en fuga

de un médano aventado.

19

Cuarenta días recorrí el desierto,
antes de la Visión y de su fruta.

El número cuarenta es el que rige
la mortificación y el retorno al Principio.

Si excedes el cuarenta o no lo alcanzas,
empezaras de nuevo tu contabilidad.

Y has de seguir el orden "regresivo"
que usan los disfrazados astronautas.

Porque sabrás que todas las empresas de altura
caminan de; lo múltiple a lo uno.

Si no temiese yo violentar el poema,
te alabaría el cero de la Gran Beatitud;
no el cero de Robot, instalado en la nada,
sino el que magnifica la plenitud del Todo.

¿Y quien me pone ahora en este juego
de santas aritméticas?

Yo medía el desierto, y era sólo un desierto
que pisaba el desierto.

20

Mas, en su hora y su lugar exactos,
apareció ante mí no sé yo qué figura
semejante al aspecto del hombre (y no lo era).

Entre civil y militar, su flanco
derecho recogía ya las plumas vibrantes
(que así se pliega el ala de un halcón en reposo)
y su costado izquierdo revestía las piezas
de no sé qué armadura forjada en oricalco.

El Hombre (y no lo era) me parecía un genio
que demoraba el ojo y el quehacer
entre la exaltación y un combate previsto.
Si su mano derecha lanzaba los perfumes,
en su izquierda nacía ya un olor astringente
de futuras matanzas.

Y yo lo vi de pie sobre las dunas,
y me observaba el Hombre (y no lo era).

21

Me preguntó mi nombre:
yo lo había olvidado.

La ruta que seguía en los eriales
inquirió, y mi silencio le contaba el vacío:
en la Edad de Robot ya no importan los nombres
y una ruta es asfalto que se piensa en quilómetros.

Y no le hablé, y el Hombre preguntaba,
y entendí que lo hacía pro formula tan sólo.

Pues no ignoraba él ni mi nombre olvidado
ni mi ruta perdida,
como si los leyera de toda la eternidad
en algún libro abierto delante de sus ojos.

Y preguntaba el Hombre, y no le hablé.

22

Tras de lo cual el Hombre me tomó de la mano
y me condujo sobre las arenas
a una región o sitio no espacial
donde un árbol erguía su mástil absoluto.
Un árbol sólo yergue su columna,
y es una ubicación y no un Espacio.
Y puesto yo debajo de la copa frutal,
advertí que llovía desde sus espesuras
un relente de oro (no es un árbol común),
y que: voces tremendas, junto al árbol,
cantaban un idioma semejante a la risa
y al elogio fundidos,
como si allí recién el silencio afirmara
su música posible (no es un árbol cualquiera).

23

Y yo, la hechura de Robot, al pie
de un árbol que llovía y que cantaba,
pude observar en mí los efectos que siguen:
El relente del árbol empapó mis tejidos,
ablandó mis tendones, osaturas y médulas,
y renovó el azufre de mi sangre
y el fósforo quemado de mis nervios.
En simultaneidad, el idioma del árbol
suscitó mis retoños del alma y sus potencias:
en el muñón de un pie vi formarse otro pie
y un ala nueva en el muñón de un ala.

24

Por fin, ya restaurado en estructuras,
gocé de mi flamante primavera
con sus hojas y vinos, ignoro cuantos días:
es un acontecer y no es un Tiempo,
sí es una ubicación y no un Espacio.
Hasta que me ganó la inquietud amorosa
de regresar al orbe de Robot
y al planisferio de sus mutilados,
con el solo designio de llevar a la usina
mi lección y experiencia de la Gracia.
Y desande mi vía en el desierto,
con el talón liviano y el alma sin roturas.
Pero ya meditaba la muerte de Robot,
según un plan cruel en su justicia.
Entonces, de camino,
recogí en el erial
un puñado de arena.

25

Digo que al enfrentarme con Robot
yo había calculado los dos riesgos que siguen:
uno, el de las preguntas contenciosas
que irían al fichero de su caja interior;
y otro, el de su dialéctica infernal,
tendiente a promover y medir el vacío.

Por lo cual, en presencia de Robot,
y cuando el pedagogo ya iniciaba el discurso,
yo le arrojé a la boca
mi puñado de arena.

Se oyó en los mecanismos internos de Robot
un estallar de alambre y válvulas heridos:
trastabilló un instante sobre sus pies tozudos
y al fin se desplomó con fragores de lata.

Después, con un martillo, lo reduje a fragmentos
y sobre su chatarra bailé piadosamente.

26

Aquella danza mía no fue un acto de triunfo,
sino un gesto ritual.

Porque la muerte de Robot no es bella,
sino feliz por su aleccionamiento.

No digo más ahora que logré mi equilibrio:
ya estoy en el deslinde peligroso
de la sublimidad con el absurdo.

Si doy un paso al frente, me asumiré la luz,
y si lo doy atrás volveré a la tiniebla.

Por eso guardo la inmovilidad
que me reprochan hoy los aventados.

La muerte injusta de un insecto
perturbaría mi balanza.

Y si escribí el Poema de Robot,
no fue tras un reclamo de la literatura,
sino con la pasión de alertar a los hombres
que pueblan el infierno de Robot
y en la materia crasa de sus laboratorios
han sospechado un lustre de metales alquímicos.

Gloria al Señor, paz del Señor. Amén.